

ó la Iglesia. De modo que la religion enseña el poder absoluto, es decir, el despotismo; enseña la obediencia ciega, es decir, la servidumbre; y se invoca esa misma religion como una defensa contra la tiranía! El cristianismo tradicional es el verdadero culpable, porque él ha inventado el derecho divino de los reyes, y quien dice derecho divino, dice despotismo, sin remedio alguno, á no ser en la conciencia. Y este remedio es una ilusion. Cuando decimos que el catolicismo es culpable, acusamos á la Iglesia. Ciertamente la religion podia ser un freno; pero sus ministros violaban la conciencia de los reyes con sus adulaciones. Adulaciones interesadas, cuyo fin es partir con los príncipes el poder ó la riqueza. Para las gentes de Iglesia la religion no es más que un instrumento de dominacion. ¿Podrá causar extrañeza que para los reyes se convierta también la religion en un medio? Les asegura la obediencia de sus súbditos, aún cuando se entreguen á todo género de excesos. *Desnaturalizada*, alterada, corrompida de este modo la religion, no puede ya ser un freno para los príncipes ni una garantía para los pueblos.

III.

Nuestros lectores van á escuchar las interesantes representaciones que el clero galicano dirige á su rey durante el siglo XVIII. Aquel rey se llamaba Luis XV. Era el más innoble de los príncipes. En varias ocasiones hemos empleado un término abyecto para caracterizar su abyeccion. La palabra no es nuestra. El más moderado de los historiadores, un escritor realista, enemigo de la Revolucion, es el que ha estigmatizado de esta manera al rey cristianísimo. «Aquello no era ya *desorden*, dice Schoell, era *crápula*» (1). El señor del Parque de los ciervos era un príncipe muy religioso, si por religion se entiende los deberes exteriores impuestos por la Iglesia, y el catolicismo no es otra cosa para el vulgo de los creyentes. Se lee en la *Vida privada de Luis XV*, que observaba exactamente todas las prácticas del culto. «En medio de sus mayores desórdenes, nunca olvidó sus oraciones por la maña-

(1) SCHOELL, *Curso de historia de los Estados europeos*, t. XL, p. 64.

na y por la tarde, ni dejó de oír misa todos los días» (1). ¡Cosa horrible! La devocion ayudaba á la corrupcion; Luis XV dictaba las oraciones de la mañana á las desgraciadas criaturas de quienes abusaba, y hacía oracion con ellas! (2).

¡Hé aquí una prueba de la influencia que la religion católica ejerce sobre los reyes! El alto clero, en lugar de ilustrar la conciencia del príncipe, no hizo más que oscurecerla y corromperla. Durante el largo reinado de Luis XV, los cardenales, los arzobispos, los obispos, los abades, venian de tiempo en tiempo á saludarle, cuando eran llamados á concederle subsidios. Citemos algunos rasgos de aquellas innobles arengas, para vergüenza eterna de la Iglesia, y para edificacion de los que imaginan, como Montesquieu, que la religion es un freno para las pasiones de los reyes.

En 1723 el rey era todavía muy joven; entónces es cuando la religion hubiera debido imprimir en su alma las enseñanzas de una moral severa. Escuchemos la alocucion del clero de Francia: «En vuestra frente está impresa la majestad con sus más brillantes caracteres, y, segun lo que el Espíritu Santo dice del más sabio de los reyes, vuestros súbditos no se cansan nunca de veros, y os ven siempre con nueva admiracion; toda la Europa, de quien sois, señor, la atencion y la esperanza, tiene fija en vos su mirada» (3). ¡Un príncipe joven, absolutamente nulo, comparado con el más sabio de los reyes! Procuró, efectivamente, parecerse á Salomon, pero no en punto á sabiduría.

Las arengas del clero de Francia á Luis XV siguen en el mismo tono. A pesar de su fatigosa uniformidad, son instructivas: es una serie de lecciones dadas por la Iglesia al más vil de los príncipes. Veamos cómo trató de corregirlo. En 1726 el presidente de la asamblea general dice al rey: «Desde vuestros primeros años hemos vislumbrado los tesoros de gracia y de sabiduría que ha deramado en vuestro seno ese soberano Señor que da soberanos á la tierra y se complace en formarlos... Ha llegado el tiempo de que estos tesoros ocultos se manifiesten á la luz del dia, en que las es-

(1) *Vida privada de Luis XV*, t. II, p. 48.

(2) MARTIN, *Historia de Francia*, t. XV, p. 434.

(3) *Actas de las asambleas generales del clero de Francia*, t. VI, p. 1781.

peranzas se conviertan en saludables efectos. Tendremos todos los días el consuelo, al volver á nuestras diócesis, de no dejar ignorar á vuestros súbditos las menores circunstancias de vuestras virtudes, que podrán servir para reanimar su piedad» (1). ¡Luis XV modelo de piedad! ¡En efecto, rezaba todos los días por mañana y tarde sus oraciones, y no faltaba á misa ningún día!

Hacia 1730 empieza el vergonzoso régimen de las prostitutas reales. ¡Cosa todavía más vergonzosa! Las primeras queridas de Luis XV tenían más honor, más dignidad que el despreciable rey en quien en vano trataron de despertar la ambición de grandes empresas. A aquel príncipe inerte, insensible como un leño, dirigió la siguiente arenga la asamblea general del clero: «Atentos desde el principio de vuestro reinado á los progresos de Vuestra Majestad en la ciencia de los reyes, no hemos cesado de observar con cuidado toda la sabiduría que gradual ó rápidamente derramaba el Señor sobre vuestra sagrada persona. Vemos justificados todos los presagios, y aún podemos hacer otros más infalibles» (2). ¿Cómo se había de engañar en sus previsiones el clero, órgano de una Iglesia infalible? Luis XV estaba todavía al principio de su virtuosa carrera. ¡Un poco de paciencia! Las predicciones de los cardenales, arzobispos, obispos y abates van á realizarse.

En 1735 no cabía ya engaño respecto del miserable rey que Dios había dado á la Francia para legitimar la Revolución. En el momento en que el sultán frances entra resueltamente en su carrera de desórden, el alto clero le dice: «No es solamente un deber político y un homenaje de fórmula que viene á cumplir cerca de la majestad y el esplendor del trono el primer cuerpo de vuestro reino, sino un homenaje propio y particular que nuestros corazones, llevados por los movimientos de nuestro amor, os ofrecen en secreto todos los días.» Y no se diga que esto es adulación; los ministros de Dios no adulan, ellos mismos lo dicen; órganos de la verdad, la verdad les arranca los elogios que prodigan al más miserable de los reyes. «Estos sentimientos se os deben, señor, y nunca hubo príncipe que los mereciese más que Vuestra Majestad...»

(1) *Actas de las asambleas generales del clero de Francia*, t. VII, p. 862-865.

(2) *Ibid.*, t. VII, p. 1215.

A aquel príncipe que se dejó arrastrar por las más sucias pasiones, sin pensar siquiera en oponerles resistencia, los altos prelados se atreven á decirle «que estaba favorecido con las más preciosas bendiciones del cielo; que, superior á los placeres y dueño de las pasiones, había opuesto constantemente á los ímpetus de la juventud la moderación del deber» (1). Hé aquí cómo predicán la moral los ungidos del Señor. ¡Y pretenden que solamente ellos tienen la misión de enseñarla!

En 1758 el clero no espera poder expresar por medio del lenguaje toda la perfección de su rey. Era en tiempos de la Pompadour y empezaba á poblarse el Parque de los ciervos. Escuchemos al arzobispo de Narbona: «Débil intérprete de los sentimientos que dictan el homenaje del clero, ¿por qué no me es dado, Señor, expresar toda la impresión que hace en nuestros corazones esa bondad, esa justicia, ese amor natural al orden, á la paz y á la religión que forman vuestro carácter distintivo?» (2). Dos años más tarde, el mismo prelado llamó á Luis XV el más grande y el más sabio de los monarcas, ¡imagen de Dios, y su ministro para realizar el bien sobre la tierra! ¿Se quiere mayor sacrilegio? ¡Y ese clero que prostituye la religión ante la crápula, es el que los imprudentes apologistas de la Iglesia se atreven á calificar de defensor de la libertad! ¡Esa es la monarquía cristiana que aseguraba la libertad! ¡Las gentes de iglesia eran indignas de pronunciar la palabra libertad; así es que no hablaban de ella más que para maldecirla!

§ VI.—La Iglesia ante la Revolución.

N.º 1.—La Iglesia en vísperas de la Revolución.

I.

Los viles aduladores del más crapuloso de los príncipes, los defensores acérrimos del derecho divino de los reyes, los enemigos

(1) *Actas de las asambleas generales del clero*, t. VII, p. 1338-1518.

(2) *Ibid.*, t. VIII, 1.ª parte, p. 623.